

### DE ACTUALIDAD

## "ELECTRA,"

Se ha celebrado en el Español el estreno de la última producción del insigne novelista y literato D. Benito Pérez Galdós, titulada «Electra».

El éxito ha sido inmenso, colosal.

El autor, en medio de una ovación delirante y continua, salió infinitas veces al escenario.

Durante la representación del quinto acto, se dieron vivas a la libertad y mueras a la reacción.

Produjose escándalo inmenso.

Las señoras abandonaron precipitadamente la sala.

Se pidieron fuertes de la guardia civil y policía, restableciéndose el orden.

Terminada la representación de «Electra», se formó una grandiosa manifestación que acompañó a Pérez Galdós hasta su domicilio, ovacionándole frenéticamente.

### ALMODOVAR.

Doblemente nos felicitamos del éxito de «Electra»: porque consolida los prestigios de autor dramático de nuestro gran escritor, dotando de una nueva bellísima producción a nuestro teatro y por haber dado lugar a esas expansiones tan necesarias como simpáticas del espíritu liberal del país.

Podrá haber quien las califique de cursis y de progresistas, y hasta pudiera ser que quien así enjuicia hubiera tenido razón hace muy pocos años: pero desde el momento en que la reacción, torpemente halagada e imprudentemente alentada desde el poder, lo va invadiendo todo con inconcebible audacia, se impone como nota justa la de la protesta enérgica y vigorosa, aprovechando cualesquiera ocasión que se ofrezca para formularla.

Ya Jacinto Benavente, en su comedia «Lo cursi», recientemente estrenada, da en labios de uno de los personajes la nota valiente de amor a la libertad y de hostilidad a la reacción, y nuestro insigne Galdós ha debido acentuar esa nota, en términos de producir la significativa manifestación de que nos da cuenta el telégrafo.

Cuando hemos retrogradado a unos tiempos en que vuelve a decirse y a escribirse, aun en libros que sirven de pasto espiritual a la niñez, que el liberalismo es pecado, justo es hacer ver a los que sostienen y patrocinan la reacción, que aquí donde todo naufraga y se pierde, lo único que siempre queda a flote, lo único que permanece es el amor a la libertad, que informa e informará eternamente el alma de nuestro pueblo.

Magníficamente ha hecho por tanto, el novelista eximio de «Doña Perfecta» y «Gloria», espíritu a la moderna, templado en el culto a los ideales progresivos, en dar ocasión a esa explosión del alma liberal de España: y magníficamente ha hecho el público de Madrid en aprovechar la ocasión que le deparaba el glorioso novelista y en aclamar delirantemente al hombre a quien tantos servicios debe la cultura nacional.

Si la reacción cuenta para sus empresas con los Padres Montañas, los demócratas contamos para las nuestras con los Pérez Galdós, demostrándose con ella que les llevamos inmensa ventaja en la generosidad y pureza de los ideales y en la valía de los hombres puestos a su servicio.

### INSTANTANEAS

## En el objetivo

Voy creyendo, amigo Lopez

el de la Papelería,  
que me tiene usted entre ojos,  
es decir, me tiene tirria.

Y no sé yo qué motivo  
pude hacerle, que le sirva  
de fundamento a esa guerra  
que me hace, de muerte ó vida.

No sé yo porqué ha invadido  
a Murcia de maquinillas  
instantáneas, que me azoran  
y que público me quitan.

Hasta aquí, yo solo era

quien la exclusiva tenía  
para sacar instantáneas  
en mi sección periodística;  
pero hoy, tiene ya aparato  
hasta la última familia  
de Churra, de la Arboleja  
y hasta Lola y hasta Rita,  
y, francamente, me opongo  
porque mi sección peligra  
y es mi deber defenderla  
por razones muy legítimas.

Trajo usted varios paquetes  
cuando tuve la triquiná,  
y á causa de estar tan malo  
y creer que me moría,  
no quise hacer la protesta  
y darle unos malos días  
y por consiguiente, entonces  
no dije esta boca es mía.

Pero ahora que estoy bueno  
no le tolero ni pizca;  
pues he sabido que tiene  
otra remesa magnífica  
y que va a ponerla al público  
tal vez esta noche misma.

Amigo Lopez; bastantes  
hay con las que están vendidas;  
no infeste usted estos contornos  
de esas máquinas malditas  
que han dado ya mil disgustos  
á mil personas pacíficas.

Supóngase usted que un novio  
quisiera vengarse un día  
de su suegra si le hace  
esta algunas fechorías.

Coge una máquina de esas,  
enfoca á la pobre víctima,  
después le borra el vestido  
dejando su cara misma,  
y á la cabeza le pone  
un busto fresco, en camisa.

Aquí tiene usted un caso  
en que una señora sirva  
de espectáculo algo libre  
por una fotografía.

Y otros mil; pongo por caso  
el que al volver una esquina  
cualquier mequetrefe quiere,  
porque me tiene ojeriza,  
meterme sin yo saberlo  
dentro de su maquinilla.

Luego se le ocurre al chusco  
ponerle á la imagen mía,  
ó la túnica de un santo  
ó una cabeza postiza  
de caballo ó de borrego  
ó burro que no es muy linda;  
pues ya ve, hay un compromiso  
y le rompo una costilla  
ó la máquina y se tiene  
que comprar otra enseguida...  
(Eso es lo que usted quisiera;  
se lo conozco en la risa.)

Plácido Rojer de Larra.

## Los irresponsables

Los pobres niños abandonados en medio del arroyo, los golfos, los granujillas, los irresponsables.

He aquí la simiente del mal: el germen de la vida prostituyéndose, todavía en embrión, en medio de los lodazales.

¡Pobres criaturas abandonadas por esas calles, á la busca de puntas de

cigarros, cuyo fin, el mejor que pueden tener, es el de limpiabotas!

Por el encadenamiento de la vida, son lanzados esos infelices al abismo de la perversidad y el encanallamiento.

Críarouse sus padres en el arroyo y al arroyo lanzan sus hijos.

Irresponsables son todos.  
¿Qué educación puede dar quien no tiene nociones de ella?

La madre amorosa, sabe por instinto la mala senda por que van los pedazos de su corazón. Pero ¿qué va á hacer la pobre si en su casa no hay pan y los chicos tienen hambre?

Harto hizo ella, que los lanzó al mundo en medio de atroces dolores y los amantó con su sangre, quedándose débil y enferma.

Harto hizo el pobre padre que procuró porque no faltase á su compañera alimento que ofrecer á los pequeñuelos que buscaban con ansia el blanco pecho de su madre, para saciar su apetito de cachorros hambrientos.

Y después, ¿qué había de ocurrir? Lo de siempre.

El instinto del pájaro es volar, y ¡cuántos pajarillos caen al pié del árbol donde tienen el nido, por querer volar demasiado pronto!

Es claro; los niños, buscando la calle. Los padres dejándolos marchar, porque en la casa estorban, porque es demasiado alimento el que necesitan, y ya pueden buseárselo.

Y así las cosas, ¡al arroyo! Y una vez allí, el ejemplo de los compañeros, que ya conocen la vida en que ingresan los neófitos.

Primero, recoger puntas de cigarros, aprender blasfemias y desvergüenzas é iniciarse en la vida de la granujería.

Luego, un poquito más; aprender algo de ratería. El pañuelo que asoma por un bolsillo y que incita los instintos del granujilla...

Después, ya todas las desvergüenzas en mayor escala.

Robar comestibles de las tiendas; plomo que se puede vender en los baratillos, introducir la mano con mafia en las faltriqueras, y luego... el guardia que lo sorprende y ¡á la prevención!

Desde entonces, ya no puede alzar cabeza.

Sale de la cárcel á las pocas horas ó á los pocos días. La autoridad lo amonesta; le dice: sé bueno, pero no le dá los medios para que lo sea.

En vez de arrojarlo otra vez al arroyo, donde será recibido triunfalmente por sus compañeros, esa autoridad debía encerrarlo, no en la cárcel entre criminales de oficio, como hace á veces; sino en un centro educativo donde sucumbieran los gérmenes malos aun no arraigados y se desarrollaran los gérmenes buenos innatos en el alma de todos.

¡Qué hermosa aparecería entonces esta autoridad!

¡Qué gran obra humanitaria y social realizaría!

¡Cuanto criminal menos! ¡Cuanto hombre, trabajador y bueno, se conseguiría para bien de todos!

Utopías hermosas, por lo mismo que lo son.

La sociedad seguirá mucho tiempo como está hoy y ella tendrá la culpa de cuantos crímenes se cometan.

La sociedad, tal cual está hoy, es la gran responsable moralmente de todo. Es la gran criminal irresponsable materialmente que intenta engañarse ella misma al castigar al criminal, sin ver que su mala constitución fué causa del crimen.

Y seguirán alzándose patibulos infames para castigar á los irresponsables.

Y seguirá no habiendo, constituidos tal cual deben estar, centros educativos y moralizadores donde puedan formarse hombres, donde se dé pan del cuerpo y pan de la inteligencia, á los pobres, á los ignorados, á los granujillas, á los irresponsables.

José Martínez Albacete.

### UN CUENTO DIARIO

## La guitarra del prudente<sup>(1)</sup>

Aun cuando el cuento es viejo, hay gente que afirma haber conocido en persona al señor Antonio el Prudente, refiriendo con pelos y señales su vida y milagros.

En lo tocante á su persona, procuraré describirla todo lo fielmente que pueda y sepa, sin apartarme un punto de lo que me contaron del señor Antonio.

Era éste un hombre como de sesenta años, enjuto de carnes, más bien alto que bajo, de ameno trato, de carácter franco y de rostro simpático.

Desde que el mundo era mundo no se había cuajado sobre la faz del planeta un maestro zapatero que pudiera competir con su habilidad y primor para el buen gusto en la confección del calzado de lujo.

Aun cuando el señor Antonio exageraba un poco, lo cierto es que como oficial era uno de los mejores oficiales de su oficio.

Su indumentaria era de lo más rara que darse puede.

Tenía el pie pequeño, pie de dama, y para mostrar á las gentes las indudables habilidades de su oficio estaba calzado con gusto exquisito.

El pantalón, abotinado y ceñido, le daba cierto aspecto de majo ó torero, y la camisa (porque hay que advertir que el señor Antonio andaba en mangas de camisa en todo tiempo) era un mosaico de manchas: plastas de cerote y qué sé yo cuantas cosas más.

Afortunadamente, cubría con el mandil este deplorable abandono de su persona. Y amos viviendo.

En lo que no transigía era en el peinado.

Peinaba cuidadosamente sus rizos, blancos como la nieve, de una manera artística, y no se dió jamás el caso que nadie en el pueblo, ni mujer ni hombre, ni grande ni chico, viera un solo día del año despeinado al zapatero.

Así era, ó mejor dicho, así dicen que era el hombre que ha vivido más feliz en este valle de lágrimas.

No ambicionó nunca el señor Antonio grandeza alguna.

Apegado á la faena, el trabajo no era para él trabajo; era más bien un entretenimiento.

Así es que á la caída de la tarde, y después de terminada la tarea, cuando salía á la puerta á contemplar su obra, bendecía á Dios, que le había dado aquellas manos que eran un tesoro.

Después envolvía cuidadosamente en un pañuelo la tarea, y allá se iba á cobrarla con toda la alegría de un chico de diez años.

Poco tiempo tardaba en regresar á su casa, provisto ya del correspondiente material de guerra que debía ser consumido durante la noche.

Ponía sobre la mesa un par de botellas de lo tinto, y mostrándoselas á su mujer, decía:

—Eduarda, ya está ahí eso. ¡Aviva lo otro!

Lo otro era la cena.

La mujer del zapatero era tan feliz como su marido.

Cerca de cuarenta años hacía que estaban casados, y cosa extraña, jamás tuvieron una reyerta en serio.

La zapatera era quizá tan buena como el señor Antonio; pero como era mujer y vieja, era un poco chismosa y murmuradora.

Si el marido tenía fama de buen zapatero, mejor la tenía ella de buena cocinera, y así guisara unas pobres patatas solas, se pasaban á oler el guiso las comadres del barrio, porque, á decir verdad, de la cocina salía un olor que daba gloria.

Desde que empezaba la cena hasta que en el reloj de la iglesia sonaban las once, era una pura juerga para el matrimonio.

Un cuarto de hora después de cenar y después de haber apurado un par de cigarillos, decía á su mujer:

—Eduarda, venga la sonanta.

Y desde el flamenco más compungido y lastimoso, hasta la tonadilla más chistosa y picante, todo salía de boca del señor Antonio, coreado por su mujer, que de cuando en cuando le decía:

—¡Bendita sea tu boca!

No se conoció, como he dicho, hombre más feliz ni que gozara en el pueblo de mayor popularidad.

Todo el mundo lo quería, pobres y ricos, viejos y jóvenes, grandes y pequeños.

¿Cómo había de celebrarse boda, bau-

tizo ó festejo alguno sin que el primer convidado no fuera el señor Antonio?

Y en verdad que era hombre á propósito para tales diversiones.

Todo su afán consistía en agrandar al auditorio, cosa que siempre consiguió.

El cantaba y tocaba; dirigía los juegos de prendas, y hacía por su cuenta juegos de manos; amén de que tenía el gran mérito de improvisar versos á las mil maravillas.

Así vivía feliz y respetado de todos el señor Antonio el «Prudente».

Aconteció en esto que llegó al pueblo el cacique, diputado por la circunscripción, hombre joven y adinerado, acompañado de unos cuantos amigos, para pasar una semana de cacería.

Tanto y tanto le hablaron del «Prudente», que mostró grandes deseos de conocerle.

Le mandó llamar, y como es natural á los pocos momentos, el señor Antonio estaba delante del diputado.

—Me han dicho que eres feliz—dijo el señorito.

—No se pasa del todo mal—contestó el zapatero.

—Pues vamos á hacer un trato si te parece bien.

—Señor... lo que vuestra merced manda.

—Bueno—dijo el diputado.—¿Cuánto quieres por la guitarra?

Esta proposición dejó frío al señor Antonio.

—La guitarra... la guitarra...—dijo tartamudeando el señor Antonio—es ya muy vieja y no le haría á nadie más que á mí.

—Eso no es cuenta tuya. ¿Qué oficio tienes?

—Zapatero, señor.

—Pues bien, en cambio de la guitarra te soy el suficiente dinero para que puedas poner la mejor zapatería del pueblo.

Y para que veas que es cierto, ahí tienes, y puso sobre la mesa una regular cantidad de onzas de oro.

Deslumbrado por aquel brillo estuvo á punto de desmayarse el señor Antonio.

No había duda: entre una guitarra vieja y una zapatería nueva, la elección era poco dudosa.

El Sr. Antonio fué en cuatro saltos á su casa, volviendo con la guitarra.

El cacique le entregó el dinero y el Sr. Antonio volvió á salir como un relámpago.

Llegó á su casa jadeante, tartamudeando y con cara de muerto.

La zapatera estuvo á punto de gritar, pero su marido la contuvo.

—¡Felicite! ¡felicite!—vociferaba él.— ¡Ya hemos asegurado el pan de nuestra vejez!

Le vieja no hubiera entendido nunca ni una sola palabra de todo esto, á no ser porque su marido puso sobre la mesa el montón de oro.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! y qué fortuna se nos ha metido por la puerta.

El zapatero esplicó todo lo ocurrido, y marido y mujer lloraron de alegría, viendo que tenían asegurado el pan de la vejez.

Pero aquí comienza lo gordo.

Llegada la hora de acostarse, comenzó á discutir el matrimonio el lugar en dónde esconder el dinero para que estuviese más seguro.

Uno opinaba que debajo de las almohadas. Otro, por el contrario, que debajo de los colchones.

La disputa degeneró en reyerta, y el señor Antonio maltrató á su mujer.

Fué la primera noche, durante cuarenta años, en que el matrimonio durmió llorando y apesadumbrado.

A la mañana siguiente la noticia cundió por todo el pueblo, siendo el escándalo del vecindario.

En un principio se tomó la noticia á broma; pero más tarde y cuando se enteraron de que era cierta, un general instinto de ira se revolvió contra el señor Antonio.

¡Mentira! Aquello no podía ser.

El señor Antonio era rico y dueño de una zapatería. ¡Mentira cien veces!

Digo, ¡el señor Antonio propietario! ¡Propietario un pordiosero que estaba acostumbrado á beber vino de limosna!

El señor Antonio abrió su establecimiento y desde aquel punto y hora perdió todos sus cariños y simpatías.

No hubo ni un alma caritativa que se alegrara ingenuamente del bien del zapatero.

Los oficiales se burlaban de él, llevándole la obra tarde y con daño; los parroquianos le insultaban diariamente y la maestra zapatera no cesaba de llorar día y noche.

El señor Antonio había enflaquecido tanto, de pesadumbres, que no tenía más que los huesos.

Un día, después de pensarlo mucho,

(1) Último cuento del malogrado Manuel Paso.

